





**MAGIA**



William Butler Yeats

## **MAGIA**

Compilación y traducción de  
Matías Battistón

**INTERZONA**

# INTERZONA

Colección ZONA de TESOROS

---

Yeats, William Butler

Magia / William Butler Yeats ; compilado por Matías Battistón. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora, 2018.

108 p. ; 17 x 11 cm. - (Zona de tesoros)

Traducción de: Matías Battistón.

ISBN 978-987-3874-72-7

1. Literatura Irlandesa. 2. Ensayo Filosófico. 3. Magia. I. Battistón, Matías, comp. II. Battistón, Matías, trad. III. Título.

CDD Ir823

---

Textos compilados:

“Magic”, selección de *The Collected Letters of W. B. Yeats* y *The Collected Works of W. B. Yeats*.

© de la traducción, prólogo y notas, Matías Battistón

© interZona editora, 2018

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)

[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Diseño de tapa: Florencia Gabrás | Estudio KPR

Prólogo, traducción y notas: Matías Battistón

Corrección: María Inés Castaño

Cuidado de edición: Brenda Wainer

Producción: Mariel Mambretti

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.







## PRÓLOGO

### LOS DUELOS

La historia de los duelos, combates y asesinatos entre escritores, todavía por escribirse, podría contarse de varias maneras, porque el tema es amplio y, en los casos más cruentos, hasta inspirador. Se podrían agrupar los cruces según el arma elegida, según la época, según el país, según las causas o consecuencias, según los cánones y contracánones. Pero convendría recalcar desde ahora la importancia de incluir, en un capítulo aparte o distribuido según el eje del libro, un recorrido sobre la magia, sobre esos escritores que, literalmente, se la pasaban maldiciéndose.

Si uno lo piensa, es previsible. La doble tendencia a la superstición y la paranoia, muchas veces unida a un antitalento para la generosidad, hacen de los círculos literarios un campo perfecto para el despliegue de estrategias ocultistas. Maleficios, brujerías, trabajos y macumbas de todo tipo cruzan las letras desde siempre. Algunos, como es natural, fueron más encarnizados que otros. William Burroughs, uno

de los mayores practicantes del siglo xx, tuvo entre sus blancos predilectos a Truman Capote, al que maldijo por correspondencia (“Tu talento acaba de ser oficialmente anulado”) y al que vio pudriéndose en exquisitas visiones fantasmagóricas, alentadas con un consumo entusiasta de mayún. En la década del cuarenta, cuando Jane Bowles, más benévola, vio que Tánger se había llenado de *beatniks*, empezó a trazar planes para lanzarles una tenue maldición (“No quiero matarlos, solo que se enfermen un poco”), maldición que, como tantos proyectos literarios, quedó en el tintero. (La magia, a fin de cuentas, también tiene a sus Bartlebys, a sus proyectistas crónicos, a sus practicantes que no practican). Otros incluso han sido puramente defensivos: Alberto Laiseca, por ejemplo, al parecer tenía su propio catálogo de precauciones gualichofilácticas, de medidas y alertas contra posibles daños mágicos.

Esa posible historia de las maldiciones y los duelos esotéricos en la literatura no podría existir, a su vez, sin mencionar la enemistad que unió a fin de siglo a William Butler Yeats y a Aleister Crowley.

William Butler Yeats se inicia en ocultismo y poesía en 1885, a los veinte años, cuando publica sus primeros poemas y, en paralelo, funda y preside la Sociedad Hermética de Dublín. Como tantos otros grupos similares, la Sociedad mezcla misterios del Oriente, misterios del folklore y misterios de la ciencia, con un aplomo quizá más misterioso todavía; pero el rasgo distintivo es la autoridad total que se concede a la literatura. “Lo que los grandes poetas hayan afirmado en sus mejores momentos”, propone Yeats como dogma, “es lo más cercano que tenemos a una verdadera religión”. Esta proximidad entre las artes literarias y las ocultas será una constante a lo largo de su vida. En cierto sentido, para Yeats un mago no es más que un poeta extrovertido.

Unos años después, aún en plena búsqueda esotérica, Yeats se topa con MacGregor Mathers, un insólito frecuentador de la Biblioteca del Museo Británico, que al reconocer a un colega en las artes ocultas lo invita a integrar la Orden Hermética de la Aurora Dorada (Golden Dawn). Más secreta, más audaz, más oscura que la Sociedad Teosófica de Madame Blavatsky, a la que Yeats acababa de renunciar, la Aurora Dorada suma pompa masónica a una férrea y compleja jerarquía interna y un esperanzado

estudio de tradiciones perdidas. Los adeptos, vestidos con túnicas entre calderos, altares y sarcófagos, recitan fórmulas crípticas, celebran liturgias y descubren juntos la cábala, la lengua de los ángeles, el tarot y la magia ritual. Todo miembro tiene que procurarse un nombre en latín y aprender hebreo. Cada tanto, según Israel Regardie, dramatizan ahorcamientos y entierros. Si hace falta, invocan a Osiris. Yeats queda encantado.

## SÍMBOLOS

Habría que aclarar que a Yeats la inspiración le servía como criterio de verdad, o más bien de demarcación, como la falsabilidad a Popper. Lo que lo inspiraba pasaba a formar parte de lo real o real en potencia; lo que dejaba de inspirarlo ya no merecía investigarse. Esto no significa que creyera ciegamente en los ritos que practicaba; de hecho, por prodigiosa que sea, a veces en Yeats la credulidad parece un talento adquirido. En sus sucesivos diarios y apuntes nunca deja de tener sus momentos de escepticismo, escepticismo a la vez tajante e insuficiente. Le podían vender un buzón, pero exigía la factura.

El refugio ante esa tensión entre fe y reticencia era el símbolo, que es también el cruce entre

la divulgación y el secreto: el símbolo puede ser cierto sin ser un hecho y puede revelar sin confesar. Como diría Queneau, el símbolo no es lo que parece, pero tampoco es otra cosa. En suma, hay que recordar que para Yeats esta búsqueda es poética, y es más que poesía.

#### CELOS Y (E)VOCACIONES

El idilio de incienso y ahorcamientos no dura para siempre. Los verdaderos problemas en la Aurora Dorada empiezan hacia 1898, cuando Mathers introduce como miembro a un jovencísimo Aleister Crowley. La relación entre Crowley y los demás miembros es tensa. Si bien Allan Bennett reconoce el potencial del joven Crowley para la magia negra, y lo adoctrina cordialmente en el uso de drogas con fines narcomágicos, los rumores sobre sus excesos y su orientación sexual, además de la arraigada costumbre de ser insufrible, predisponen a la mayoría en su contra.

En 1899, Crowley visita a Yeats para mostrarle su último libro de poesía, *Jephthah, and Other Mysteries, Lyrical and Dramatic*. “Me habría gustado recibir algunas palabras de aliento”, confiesa Crowley en su autobiografía. Pero Yeats “se forzó a pronunciar unas pocas frases convencionales y

cortesés. Yo podía ver lo que pasaba realmente. Solo un tonto hubiera sido incapaz de reconocer la furia negra y biliosa que estremeció su alma”. Después concede (nobleza obliga): “Ofrezco esto como prueba de que Yeats en el fondo era un poeta de verdad, porque un mero charlatán sabría que un auténtico poeta no podía significarle ninguna amenaza. Lo que le dolió fue percatarse de su propia e incomparable inferioridad”.

James Clarence Mangan alguna vez confesó que hubiera preferido, por mucho, ser un gran nigromante a ser un gran autor. Por momentos, Crowley casi parece dar a entender que en su caso es a la inversa.

Yeats, deduce Crowley, está dispuesto a los más bajos ataques astrales para socavar su creciente poder. La conspiración mágica llega a su punto más peligroso cuando Yeats recluta a Althea Gyles, diseñadora gráfica y miembro de la Aurora Dorada, para ayudarlo a perpetrar el magicidio. O al menos es lo que se lee en “At the Fork of the Roads” (*Equinox*, marzo de 1909, pp. 101-8), donde Crowley ficcionaliza tenuemente el atentado: Yeats pasa a ser Will Bute, “poeta alto, macilento, melancólico y pestilente”, amado con patética devoción por “Hypatia Gay” (Gyles). “Will Bute no solo era un poeta, sino también un aficionado ocasional a la magia”, señala Crowley, “y los oscuros celos que le despertaba

un hombre más joven y mucho mejor poeta que él roían su caprichoso corazón”. Ese hombre más joven y mucho mejor poeta era el admirable y autoinspirado “conde Swanoff”.

Aprovechando la docilidad de Hypatia, Will Bute le encomienda infiltrarse en la morada de Swanoff y traerle una gota de su sangre. Hypatia cumple la misión pinchándolo disimuladamente con un prendedor, y yéndose antes de que Swanoff la convenza de unirse a él en sus rituales. Más tarde, el conde empieza a languidecer. Por las noches, un prodigioso súcubo se materializa en su cama y le chupa la sangre y la energía. Después de asesorarse con otro mago, que lo pertrecha con un manuscrito protector para poner debajo de la almohada, el conde contraataca, estrangulando al súcubo y entregándose a inesperadas y repetidas piruetas sexuales, relatadas con un pudor más bien florido (“El contacto despertó su serpiente de la locura esencial”). Al ver que el encantamiento pierde efecto, Bute envía de nuevo a Hypatia, pero Swanoff utiliza una pócima defensiva y un esqueleto convenientemente a mano en su departamento para espantar a la atacante. El triunfo es del joven y sucubófilo poeta.

La única otra versión de esta emboscada es la que le ofrece en Hastings el mismo Crowley, poco antes de morir, a Richard Ellmann, biógrafo de

Yeats. Sin molestarse esta vez en usar nombres de fantasía, Crowley le repite más o menos los mismos pormenores, solo que esta vez es Alethea Gyles la que desde el comienzo recurre a Yeats para librarse del influjo opresivo de Crowley, y combatir su magia negra con magia blanca. En otras palabras, las dos versiones del duelo tienen la misma fuente y bandos invertidos. Es casi como si Crowley, después de tantos años de contarla, se hubiera cansado de no ser el villano de la historia.

#### LA BATALLA DE BLYTHE ROAD

La verdadera culminación del duelo, sin embargo, recién llega a comienzos de 1900, cuando Mathers promueve a Crowley al círculo interno de la Aurora Dorada, la Segunda Orden, cuyos integrantes obtienen acceso a los secretos mejor guardados de la cofradía. Al ver que los demás se niegan a reconocer su evolución de neófito a paleófito, y que le prohíben entrar a la cripta del templo, Crowley viaja a París para denunciar en persona ante Mathers la insubordinación de “las confundidas mediocridades de clase media” que pululaban la sede de Londres. El incidente confirma las peores sospechas de Mathers, quien, furioso y desesperado, celebra



personalmente la iniciación ritual de Crowley y luego le ordena que regrese al templo y reclame la sala más sacrosanta de la Aurora Dorada, la Cripta de los Adeptos en el templo Isis-Uranis, para restaurar el orden en la Orden.

El templo de Isis-Uranis era en realidad un departamento de siete habitaciones en un primer piso, en el número 36 de Blythe Road, decorado para reproducir con lujo de detalles e invenciones la tumba del mítico Christian Rosenkreutz. Con ayuda de una infiltrada, Elaine Simpson (o, como se la conocía en la Aurora Dorada, "*Semper Fidelis*"), Crowley entra a la fuerza, ocupa el departamento y cambia las cerraduras. Después, como toque final, agrega su nombre en tinta a la lista de miembros de la Segunda Orden. Al enterarse de la maniobra, tres miembros oficiales, Maud Cracknell, Florence Emery y Edmund Hunter, increpan a Crowley y llaman a un policía, quien al parecer tiene problemas para entender del todo qué está pasando. La discusión no se alarga mucho. Seguro de haber recobrado el templo, Crowley se retira. Ese mismo día resume en su diario: "Pelea. Policía. Victoria".

Dos días después, la mañana del fatídico jueves 19 de abril de 1900, Yeats y Hunter visitan al casero que les alquila el departamento, lo ponen al tanto de lo sucedido y vuelven a cambiar las cerraduras. La precaución queda justificada

a las once y media, cuando Crowley, con una máscara negra de Osiris, un tartán en la cabeza y una enorme cruz dorada colgándole del cuello, vestido con ropa tradicional escocesa (*kilt* incluido) y armado con una daga ceremonial, aparece en la calle, cruza tranquilamente el local del primer piso y trata de subir al templo.

Qué sucedió entonces exactamente es un misterio. Según le habría contado medio siglo más tarde el propio Crowley a Richard Ellmann, cuando iba subiendo los peldaños, dibujando invertidas estrellas de cinco puntas en el aire y lanzando imprecaciones astrales, Yeats y Hunter (mago y boxeador amateur) lo bajaron a golpes y patadas antes de llamar a la policía. La esposa de Hunter cuenta una versión similar. El mismo Hunter, sin embargo, en su descargo para la Orden, afirma que el casero interceptó a Crowley en el negocio, antes de llegar incluso a la escalera, y mandó a buscar a un agente para que lo echara mientras él, Yeats y Hunter lo mantenían verbalmente a raya. El resultado para Crowley, en cualquier caso, fue el mismo. Pelea. Policía. Derrota.

A la una de la tarde, Yeats y Hunter reciben a un tipo enorme con pinta de perdido, que lleva dos horas buscando la dirección del templo. Crowley lo había encontrado el día anterior, en la puerta del pub Alhambra, en Leicester Square,

donde trabajaba “desalojando gente pesada”, y le había prometido trece chelines y cuatro peniques por sus servicios en el templo. El hombre pensaba que iba a haber una fiesta.

### *PER INIMICUS SILENTIA*

La batalla da lugar a una agotadora serie de demandas, expulsiones, escisiones y reajustes internos. “Ni siquiera el hecho de que el hombre enmascarado de Mathers, Crowley, haya estado haciendo muñecos de cera de todos nosotros y clavándoles agujas”, observa Yeats desganadamente un mes después, “ha podido darle algo de interés a la vida”. Lo cierto es que para entonces Crowley ya ha empacado sus muñecos y está empezando su camino a México.

En el templo, Yeats es declarado *Imperator* de la Aurora Dorada, máxima autoridad burocrato-mágica, por votación de los miembros restantes. Mathers, expulsado del grupo, continúa sus actividades en París, y en 1903 funda Alfa y Omega, una nueva Orden. Su muerte, rodeada de un conveniente misterio, es casi simultánea al fin de la Primera Guerra Mundial, como si hubiera querido terminar con una era. Yeats nunca volvió a verlo ni a cruzar palabra con él, pero en sus memorias menciona su influjo y años después,

en su poema “All Soul’s Night”, directamente invoca su fantasma. MacGregor Mathers tal vez no hubiera sido pródigo en escrúpulos o cordura, pero en su momento le había abierto puertas que no habría cruzado solo. “La amistad”, afirma en uno de esos versos, “nunca termina”.

El hecho de que el nombre de Crowley no figure ni una sola vez en ninguno de los textos publicados por Yeats demuestra, tal vez, que de la enemistad él podría haber afirmado lo mismo: algunos duelos nunca terminan.

MATÍAS BATTISTÓN

MAGIA\*

\* “Magic”, ensayo que Yeats empezó a escribir en octubre de 1900, que leyó en público por primera vez en mayo de 1901 y que finalmente envió a Henry Newbolt, editor del *The Monthly Review*, donde apareció en septiembre de ese mismo año. Yeats lo incluyó luego en *Ideas of Good and Evil* (1903), y agregó dos notas al pie al recopilarlo en *Essays* (London, Macmillan and Co., 1924), versión que retomamos en esta traducción. (N. del T.)

# I

Creo en la práctica y en la filosofía de lo que hemos acordado denominar magia, en lo que debo denominar evocación de espíritus, aunque no sepa qué son, en el poder de crear ilusiones mágicas, en las visiones de aquella verdad que reside en las profundidades de la mente cuando los ojos están cerrados; y creo en tres doctrinas, que han pasado de generación en generación, si no me equivoco, desde el principio de los tiempos, y que forman las bases de casi toda práctica mágica. Esas doctrinas son:

Que los límites de la mente nunca dejan de cambiar, y que muchas mentes pueden confluir, por así decirlo, y crear o revelar una única mente, una única energía.

Que los límites de nuestra memoria son igual de cambiantes, y que nuestras memorias forman parte de una gran memoria, la memoria de la naturaleza misma.

Que esta gran mente y esta gran memoria pueden evocarse a través de símbolos.

A menudo pienso que dejaría de creer en la magia si pudiera, pues he llegado a ver o imaginar, en los hombres y las mujeres, en las

casas, en las artesanías, en casi todo lo que puede verse y oírse, cierta maldad, cierta fealdad, que proviene de la lenta desaparición, a lo largo de los siglos, de una cualidad mental que hizo que esta creencia y las evidencias que la sustentaban fueran comunes en todo el mundo.